

tierra un país donde florezca eternamente la libertad, donde brille aún la especie humana en toda la lozanía de la juventud.

¡Un mundo sin fin se abre delante de ti; tu nave puede apenas medir su extensión; y dentro de tamaña inmensidad no hay sitio para diez hombrés felices!

Es preciso que huyas del tumulto de la vida; y te reconcentres en tu corazón. La libertad no habita ya más que el país de las quimeras; lo bello no existe más que en la poesía.

EL DRAGÓN DE RODAS.

¿Dónde corre ese pueblo? ¿qué tiene para precipitarse así por las calles dando gritos? ¿Está Rodas en llamas?... La multitud parece que aumente aún, y en medio de ella veo un guerrero á caballo. Detrás de él, oh ¡ sorpresa! arrastran un animal cuyo cuerpo es de un dragón y la boca la de un cocodrilo, y todos los ojos se fijan con asombro ya sobre el monstruo, ya sobre el caballero.

Y mil voces exclaman: « ¡He aquí el dragón! ¡Venid á verlo!... ¡Ese es el héroe que ha triunfado de él! Muchos han sido los que habían salido para esta empresa, pero nadie había vuelto... ¡Llor al valiente caballero! Y la multitud se dirige hacia el convento donde los caballeros de San Juan habían entrado apresuradamente en consejo.

Y el joven penetra con dificultad en la sala por entre la multitud que la obstruía, se adelanta con modesto semblante hacia el maestro y toma la palabra en los siguientes términos:

« He cumplido con mi deber de caballero; el dragón

que devastaba el país lo ha abatido mi mano; los caminos no ofrecen ya peligros á los viajeros; el pastor puede sin recelo apacentar su rebaño; el peregrino puede ir con seguridad entre las peñas para visitar la santa capilla. »

El maestro le dirige una severa mirada. « Has obrado como un héroe; el valor honra á los caballeros, y he dado pruebas que lo tienes... ¿Dime, sin embargo, cuál es el primer deber del que combate por Cristo y se adorna con una cruz? » Todos los asistentes palidecen; pero el joven se pone colorado, se inclina y responde con noble continente: « La obediencia es su primer deber, el que lo hace digno de semejante distinción. — Y ese deber, hijo mío, contesta el maestro, lo has violado, cuando despreciando mis órdenes acometiste el dragón. — Señor, juzgadme solamente según el espíritu de la ley, pues he cumplido con él; no he emprendido sin reflexión semejante expedición, y he empleado más bien la astucia que la fuerza para vencer el dragón. »

« Cinco caballeros, la honra de nuestra orden y de la religión, habían ya perecido víctimas de su valor, cuando nos prohibisteis de tentar el mismo combate. Sin embargo, ese deseo meroró el corazón y me llenaba de melancolía. De noche veía su imagen en los sueños, y cuando el día venía á alumbrar nuevas devastaciones, un ardor salvaje se apoderaba de mí, al punto que resolví al fin arriesgar en él mi vida.

» Y me decía á mí mismo: « ¿De qué nace la gloria, noble ornamento de los hombres? ¿Qué han hecho esos héroes celebrados por los poetas y que la antigüedad ensalzaba como dioses? Han purgado la tierra de monstruos, combatido contra leones, luchado con minotauros, para librar endebles víctimas, y nunca han reparado en derramar su sangre.

» ¿No pueden pues los caballeros combatir más que sarracenos, ó destronar los dioses falsos? ¿No han sido mandados á la tierra cuales libertadores, para librarla de todos sus males y de todos sus enemigos? Sin embargo, la prudencia debe guiar su valor, y la dexteridad suplir la fuerza. » Así decía yo para mí más de una vez, y procuraba sólo venir en conocimiento de los parajes habitados por el monstruo; en fin descubrí un modo de acometerle, y lleno de alborozo, exclamé: « ¡Por fin, lo he hallado! »

» Y presentándome á vos, os manifesté el deseo de volver á ver mi patria; accedisteis á mis ruegos; hice un feliz viaje, y apenas de vuelta en mi país, hice hacer por un hábil operario la fiel imagen del dragón. Él era: su largo cuerpo descansaba sobre pies cortos y deformes; cubría su lomo una horrible coraza de escamas.

» Era su pescuezo de espantosa largura, y abríase su boca para tragar sus víctimas, horrorosa como una puerta del infierno, armada de dientes cuya blancura resaltaba en la oscura sima de su garganta y de una lengua aguda como la punta de una espada; sus pequeños ojos despedían relámpagos, y al cabo de esa gigantesca masa, se agitaba la larga cola en forma de sierpe con la cual enlazaba hombres y caballos.

» Todo esto, hecho en pequeño y pintado de color oscuro, figuraba bastante bien el monstruo, mitad sierpe, mitad dragón, en medio de su apestado pantano; y cuando todo estuvo listo, escogí dos alanos vigorosos, ágiles, acostumbrados á cazar las fieras; los lancé contra el monstruo, y mi voz los excitaba á morderlo con furor.

« Hay un punto en que el pecho del animal desprovisto de escamas no está cubierto sino de ligero vello: allí fué donde principalmente dirigió sus mordiscos; yo

mismo armado de un venablo, monto mi corcel árabe y de noble origen, excito su ardor arrimándole las espuelas y arrojo mi lanza á esa vana imagen como si quisiera traspasarla. Mi caballo se espanta y se encabrita, relincha, llena el freno de espuma y mis alanos ahullan de miedo á su vista... Yo no tomo descanso alguno hasta que se hayan acostumbrado á ella. Tres meses pasan, y cuando los veo bien adiestrados me embarco con ellos en rápida nave. Llegado aquí tres días ha, he tomado apenas el tiempo necesario para que descansaran mis miembros hasta que llegara el momento de la empresa.

« Mi corazón fué muy afligido por las nuevas desgracias de este país que oí á mi llegada; principalmente por la muerte de esos pastores que se habían extraviado en el bosque y que fueron hallados destrozados; desde ese momento sólo consulté á mi valor, y me resolví á no tardar más. Avisé á mis escuderos, monté mi buen caballo y seguido de mis fieles perros, corrí por un camino apartado y evitando todo encuentro, en busca del enemigo. »

« Conocéis, señor, esa capilla erigida por uno de vuestros antecesores encima de la peña desde donde se columbra toda la isla: su exterior es humilde y pobre y sin embargo encierra una maravilla del arte: la Virgen santísima y su hijo adorado por los tres reyes. El peregrino, que llega á la cima del peñón por tres veces treinta peldaños, descansa al fin cerca de su Creador, contemplando con satisfacción el espacio que ha recorrido.

« Hay al pie de la peña una gruta profunda, bañada por las olas del cercano mar, donde nunca penetra la luz del cielo; allí habitaba y se quedaba tendido el reptil de día y de noche acechando su presa: así vigilaba

como un dragón del infierno al pie de la casa de Dios, y si algún peregrino tomaba ese fatal camino, se le abalanzaba encima y se lo llevaba á su cueva.

« Antes de principiar el espantoso combate, trepo al peñón, me arrodillo delante de Cristo, y habiendo purificado mi corazón de todas sus manchas, revisto en el santuario mis resplandecientes armas : empuño mi lanza y bajo para combatir. Después, dejando atrás mis escuderos, á quien es doy mis últimas órdenes, monto á caballo encomendando mi alma á Dios.

« Apenas me hallo en el llano, cuando mis perros principian á ahullar y mi caballo á encabritarse por el espanto...

« Han visto muy cerca la forma gigantesca del enemigo, que enroscado se calentaba á los rayos del sol. Los ligeros alanos se le echan encima ; pero huyen al instante al verle abrir su boca jadeante llena de pestíferos vapores y al oírle dar el grito del adive.

« Sin embargo, consigo darles valor ; vuelven al monstruo con nuevo ardor, mientras con mano atrevida le asesto un venablo en el lado. Mas rechazada por las escamas el arma cae al suelo sin fuerza, y estaba al punto de repetir, cuando mi corcel, que espantaban la mirada de fuego del reptil y su aliento apesadado, se encabrita otra vez, y yo estaba perdido... si al momento no me hubiese apeado. Mi espada está desenvainada pero nada pueden mis golpes contra el coselete de acero del reptil. Con un golpe de su cola me derriba al suelo, abre la boca para devorarme... cuando mis perros abalanzándose sobre él con furor, lo obligan á soltarme, y despedazándolo á mordiscos lo hacen ahullar de un modo horroroso.

« Y antes que se haya de su ataque librado le meto mi espada en la garganta hasta la empuñadura. Un río

de sangre impura brota de la herida ; cae y me arrastra consigo, envuelto en los nudos de su cuerpo. — Entonces fué cuando me desmayé, y al recobrar mis sentidos, me rodeaban mis escuderos y el dragón estaba tendido en su sangre. »

Apenas acabó el caballero su narración, cuando gritos de admiración, por largo tiempo reprimidos, salieron de todas las bocas, y aplausos cien veces repetidos estallaron bajo las bóvedas sonoras : los guerreros de la orden pidieron en alta voz que se diera una corona al héroe ; el pueblo agradecido quería llevarlo en triunfo.... Pero el maestre con la frente siempre arrugada, mandó se hiciera silencio.

« Has herido el dragón, dijo él, con mano valorosa ; has llegado á ser un dios para el pueblo..., pero un enemigo para nuestra orden y has dado el ser á un monstruo mucho más fatal de lo que era aquél.... ¡ una sierpe que mancilla el corazón, que produce la discordia y la destrucción, en una palabra, la desobediencia ! ¡ Ésta odia cualquiera especie de subordinación, rompe los vínculos sagrados del orden, y fragua la desgracia del mundo !

« El Turco es tan valiente como nosotros... La obediencia es lo que ha de distinguirnos de él : en los mismos parajes donde bajó el Señor de toda su gloria al abyecto estado de un esclavo, los primeros de esta orden han querido fundarla para perpetuar ese ejemplo : ¡ la abnegación de todas nuestras voluntades, deber que es el más difícil de todos, ha sido la base de su institución ! — Una vana gloria te ha seducido.... Quitate de mi vista... El que no puede soportar el yugo del Señor no es digno de adornarse con su cruz. »

Al oír estas palabras, la multitud se agita en tumulto y llena el palacio de impetuosas murmuraciones. Todos

los caballeros piden llorando la gracia de su hermano. Pero éste, con los ojos bajos, se quita en silencio el hábito de la orden, besa la severa mano del maestre y se aleja. El anciano lo sigue un rato con la vista, después, llamándolo con voz amistosa : « ¡ Abrázame, hijo mío ! acabas de ganar una victoria más gloriosa que la primera : toma esta cruz ; es la recompensa de esa humildad que consiste en vencerse á sí mismo. »

JUANA D'ARC

El demonio de la burla te ha arrastrado en el polvo para mancillar la más noble imagen de la humanidad. El espíritu del mundo hállase eternamente en guerra con todo lo que hay grande y hermoso : no cree ni en Dios ni en los espíritus celestes ; quiere robar al corazón todos sus tesoros ; anonada todas las creencias, impugnando todas las ilusiones.

Pero la poesía, de humilde cuna como tú, es también una piadosa pastora ; ella te cubre con todos los privilegios de su divinidad, te rodea de un cortejo de estrellas, y derrama la gloria en derredor tuyo..... ¡ Oh tú que el corazón ha hecho lo que eres, vivirás eternamente !

Al mundo agrada oscurecer lo que brilla, cubrir de fango todo lo que se eleva. ¡ Pero nada temas ! quedan todavía corazones buenos que conmueven las acciones sublimes y generosas ; Momo es el encanto de la multitud ; á un alma noble sólo agradan las nobles cosas.

EL IDEAL

¿ Quieres pues, infiel, separarte de mí, con tus dulces ilusiones, tus penas y tus placeres ? ¿ Nada puede dete-

nerte, oh tiempo de oro de mi juventud ? En vano te llamo.... ¡ Tú corres á precipitar tus ondas en la mar de la eternidad !

Esos alegres rayos que antes alumbraban mis pasos ya no tienen su brillo ; han desaparecido las brillantes quimeras que llenaban el vacío de mi alma : ¡ ya no creo en los sueños que mientras dormía me parecían tan hermosos y divinos, la fría realidad los ha herido de muerte !

Así como Pigmalión, en su ardiente amor abrazaba un mármol helado hasta comunicarle el sentimiento y la vida, yo estrechaba entre mis brazos la naturaleza con todo el fuego de la juventud, para animarla con mi alma de poeta.

Y, participando de mi llama, hallaba una voz para contestarme, me devolvía mis caricias, y comprendía los latidos de mi corazón : el árbol, la rosa, todo para mí tenía vida, el murmullo de los arroyos me deleitaba como un canto, mi aliento había dado la existencia á los seres más insensibles.

Entonces un mundo entero se apiñaba en mi pecho, impaciente de manifestarse á la luz del día, por la acción, por la palabra, por las imágenes y por los cantos..... ¡ Cómo me pareció grande ese mundo mientras se quedó escondido como la flor en su capullo ! ¡ Pero qué poco se ha abierto esa flor ! ¡ cuán ruin y despreciable me ha parecido después !

¡ Cómo se arrojaba en la carrera de la vida el joven ligero y sin cuidados ! ¡ Feliz con sus sueños soberbios, libre todavía de zozobras, la esperanza se lo llevaba al cielo ; no había altura, no había distancia que no pudieran salvar sus alas !

¡ Nada ponía obstáculo á ese feliz viaje, y qué amable multitud se agolpaba al rededor de su carro ! ¡ El amor

con sus dulces favores, la dicha coronada de oro, la gloria con la frente ceñida de estrellas, y la verdad enteramente desnuda á la luz del día!

Pero ¡ay! en medio del camino perdió sus pérfidos compañeros, y unos después de otros, se habían apartado de él: la felicidad de los pies ligeros había desaparecido, la sed del saber no podía apagarse ya, y las tinieblas de la duda venían á empañar la imagen de la verdad.

He visto las santas palmas de la gloria prodigadas á frentes vulgares; el amor se voló con la primavera; el camino que yo seguía se fué volviendo cada día más silencioso y desierto; apenas la esperanza lo alumbraba á veces con desmayada luz.

¿Entre todo ese largo cortejo cuáles fueron las dos divinidades que fieles me quedaron, que me prodigan todavía sus consolaciones y me acompañarán hasta mi última morada?... Eres tú, tierna amistad, cuya mano sana todas las heridas, tú que conmigo compartes la carga de la vida, tú que he buscado desde tan temprano y que he hallado al fin.

¡Eres tú también, benéfico estudio, que disipas las tormentas de mi alma, que creas difícilmente, mas no destruyes nunca; tú que al edificio eterno añades sólo un grano de arena sobre un grano de arena, pero que sabes quitar al tiempo avariento minutos, días y años!

LA BATALLA.

Como una espesa nube que lleva una tormenta, la marcha de las tropas retumba por las vastas campiñas; una llanura inmensa se ofrece ante sus ojos, allí es donde se van á echar los dados de bronce. Todas las

cabezas están inclinadas, palpita el corazón de los más valientes, todos los rostros están pálidos como la muerte; ahí está el coronel que recorre las filas; « ¡Alto! »

Esta orden brusca encadena el regimiento que presenta un frente silencioso é inmóvil.

¿Pero, qué es lo que brilla allá arriba sobre la montaña bajo los rayos purpúreos de la mañana? ¿Veis las banderas enemigas? — ¡Las vemos! Que Dios esté con nuestras mujeres y con nuestros hijos. — ¿Oís esos cantos, esos redobles de tambores, y esos pitos alegres? ¡Cómo esa hermosa y salvaje armonía penetra todos nuestros miembros hasta la médula de nuestros huesos! ¡Hermanos, que Dios nos ampare!... ¡Nos volveremos á ver en otro mundo! »

Ya ha brillado un relámpago delante de la línea de batalla; un sordo trueno lo acompaña, la acción principia, silban las balas, las señales se suceden... ¡Ah! ¡se principia á respirar!

Ciérnese la muerte, la suerte vacila indecisa... Arrójanse los dados de bronce en medio del humo ardiente!

He aquí que los dos ejércitos se acercan: « ¡Atención! » gritan de pelotón en pelotón. La primera fila dobla la rodilla y hace fuego... hay quien no volverá á levantarse más. La metralla traza largos surcos, la segunda fila es ahora la primera... Á derecha, á izquierda, por doquiera la muerte: ¡cuántas legiones tiende por el suelo!

El sol se apaga, pero la batalla está ardiendo; la noche sombría baja al fin sobre los ejércitos. « Hermanos, que Dios nos ampare!... Nos volveremos á ver en otro mundo! »

Por todas partes chorrea sangre; los vivos están

tendidos con los muertos; el pie se resbala sobre los cadáveres... « Y tú también, Paco! — ¡ Mis adioses á Carlota, amigo! (La batalla se anima más y más.) — Yo le llevaré... ¡ Oh! compañero, ¿ ves cómo detrás de nosotros chisporrotea la metralla?... Yo le llevaré tu último adiós. ¡ Descansa aquí! Corro allá dondellueven balas. »

El éxito de la jornada queda aún dudoso, pero la noche se va siempre haciendo más oscura... « ¡ Hermanos, que Dios nos ampare!...

¡ Nos volveremos á ver en otro mundo! »

¡ Oid! los ayudantes pasan al galope... Los dragones se arrojan sobre el enemigo, y sus cañones callan... « ¡ Victoria, compañeros! el miedo se ha apoderado de los cobardes, y arrojan sus banderas! »

La terrible batalla queda al fin decidida: el día triunfa también de la noche; ¡ tambores ruidosos, pitos alegres, celebrad todos nuestra victoria! ¡ Adiós, hermanos que dejamos!... ¡ Nos volveremos á ver en otro mundo!»

LA CAUCIÓN.

Meros esconde un puñal bajo su capa y se introduce en el palacio de Dionisio de Siracusa: los satélites lo prenden y lo cargan de grillos. « ¿ Que habrias hecho con ese puñal? le pregunta el príncipe enfurecido. — ¡ Hubiera librado la ciudad de un tirano! — ¡ Pagarás ese deseo en la cruz!

— Pronto estoy á morir y no pido perdón. pero dignate concederme un favor: tres días de plazo para unir mi hermana con su novio. Mi amigo me servirá de caución, y, si falto á mi palabra, podrás vengarte en él. »

Púsose á reir el rey, y, después de un instante de reflexión, contestó con tono irónico: « Tres días te concedo; pero no olvides que si, cumplido el plazo, no vuelves á parecer, tu amigo toma tu lugar, y te deajo libre. »

Su amigo lo abraza en silencio y va á entregarse al tirano mientras se aleja Meros. Antes de la tercera aurora había enlazado su hermana con su novio, y volvía ya de prisa antes que venciera el plazo fatal.

Pero una continua lluvia pone obstáculo á la rapidez de su marcha, los raudales de las montañas conviértense en torrentes, y arroyos hay que forman ríos. Apoyado sobre su bastón de viaje, Meros llega á la margen de un río, y ve que de repente la avenida rompe el puente que unía ambas orillas y se desploman los arcos con el fragor del trueno.

Apesadumbrado de tal obstáculo, se agita vanamente sobre la orilla; no hay barca que se arriesgue á dejar la orilla para llevarlo donde sus deseos le llaman; no hay barquero que hacia él se dirija, y el torrente crece como un mar.

Cae sobre la orilla y llora levantando las manos al cielo:

« ¡ Oh Júpiter, allana esas aguas bramadoras! ¡ El tiempo corre, el sol llega á la mitad de su camino, si va más allá, llegaré demasiado tarde para librar á mi amigo!

El furor de las olas no hace más que aumentar, las aguas empujan las aguas, y las horas empujan las horas... Meros no vacila más tiempo, se arroja en medio del río furioso, lucha ardentemente con él... Dios le concede la victoria.

Ha alcanzado la opuesta orilla, precipita sus pasos dando gracias al cielo... cuando de repente, desde lo

más espeso de la maleza, una cuadrilla de bandoleros se le echa encima ávida de sangre, y le cierra el paso con clavas amenazadoras.

« ¿Qué es lo que de mí queréis? ; No poseo más que mi vida, y se la debo al Rey, á mi amigo que corro á salvar!... » Así dice, se apodera de la clava del primero que se le acerca; tres bandoleros caen bajo sus golpes y huyen los demás.

El sol es ardiente, Meros se siente las rodillas que se doblan rotas por el cansancio. « Oh tú que me has salvado de la mano de los asesinos, y del furor del río. ¿ me dejarás perecer faltando á la confianza de mi amigo? »

« ¿ Que oigo? sería un arroyo lo que me anuncia ese dulce murmullo? » Se para, escucha; un alegre y bullicioso raudal ha brotado de una peña vecina: el viajero se agacha, ebrio de alegría, y refresca su cuerpo ardiente.

Y ya el sol, echando sus miradas al través del follaje, dibuja sobre el camino las formas de los árboles con sombras gigantescas: pasan dos viajeros, no tarda Meros en pasarles delante, pero oye que dicen entre ellos: « ¡ Á esta hora lo ponen en cruz! »

La desesperación le da alas, el temor lo aguijonea aún... Al fin las torres de Siracusa aparecen á los rayos del sol poniente; pronto encuentra Filostrato, el fiel guardián de su casa, que le reconoce y se estremece.

« ¡ Huye pronto! ya no queda tiempo para salvar á tu amigo; salva al menos tu vida... En este momento expira: de hora en hora te esperaba sin perder la esperanza, y las chanzas del tirano no habían podido turbar su confianza en ti.

— ¡ Pues bien, si no puedo salvarlo, compartiré al menos su suerte: que el sanguinario tirano no pueda

decir que un amigo ha engañado al amigo: que hiera á dos víctimas y crea todavía en la virtud!

El sol se ponía cuando Meros llega á las puertas de la ciudad; columbra el cadalso y la multitud que lo rodea; ya levantaban con una cuerda á su amigo para ponerlo en cruz: « ¡ Detente, verdugo, aquí estoy; ese hombre era mi caución! »

El pueblo se queda admirado... Los dos amigos se abrazan llorando, mitad de alegría y mitad de dolor; nadie puede quedar insensible á semejante espectáculo; el mismo Rey oye con emoción la sorprendente noticia, y los hace comparecer ante su trono.

Durante largo rato los considera asombrado. « Vuestra conducta ha subyugado mi corazón... Yo también tengo una gracia que pediros. Dignaos admitirme en vuestra unión y que nuestros tres corazones no formen más que uno. »

DESEO.

¡ Ah! si hubiera una salida para arrojarme fuera de este valle donde se siente el peso de una helada niebla, cuál sería mi alegría!... Allá, columbro risueñas colinas ornadas de juventud y de verdura eternas: ¡ oh! si fuera un ave, si tuviera alas, me iría allá sobre esas colinas!

Extrañas armonías vienen á veces á resonar á mis oídos, escapadas de los conciertos de ese mundo encantado: vientos ligeros me traen sus suaves perfumes; veo relucir sus frutas de oro al través del tupido follaje, y plantas en flor que nada temen de los rigores del invierno.

¡ Ah! cómo la vida debe deslizarse feliz encima de

esas colinas que dora un eterno sol; cómo debe ser dulce el aire que en ellas se respira! pero las olas furiosas de un torrente me vedan su acceso, y su vista me hiela de espanto.

Una barquilla sin embargo se mece cerca de la margen; pero ¡ ay! ningún piloto se percibe que la conduzca! — No importa, entremos en ella sin pavor, desplegadas están sus velas... es menester esperar, es menester atreverse, pues los dioses no garantizan el buen éxito de ninguna empresa, y un prodigio solamente puede hacerme llegar á ese hermoso país de los prodigios.

COLÓN.

¡ Ánimo, valiente navegante! aunque pongan en ridículo tus esperanzas, aunque el cansancio rinda los brazos de tus marinos..... ¡ Sigue adelante! ¡ siempre á poniente! Esa orilla que tú has adivinado, pronto se aparecerá en todo su esplendor. Pon tu confianza en el Dios que te guía y adelántate sin miedo sobre ese mar inmenso y silencioso.

— Si ese mundo no existe, va á brotar de las olas expresamente para ti, pues hay un vínculo eterno entre la naturaleza y el genio, que hace que aquélla cumple siempre lo que éste promete.

LA MAGNITUD DEL MUNDO

¡ Quiero recorrer con las alas del viento todo lo que ha sacado del Caos el Eterno, hasta que llegue á los límites de esa mar inmensa y que deje caer el ancla

allí donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación!

Veo ya de cerca las estrellas en todo el brillo de su juventud, las veo que recorren su corrida milenaria al través del firmamento, para alcanzar el término que se les ha asignado; me remonto más arriba.. ¡ Ya no hay más estrellas!

Me arrojo animosamente en el imperio del vacío; mi vuelo es rápido como la luz.... Aparecen nuevas nubes, un universo nuevo, y tierras, y ríos....

De repente, en un camino solitario, un peregrino se me acerca: « Párate, viajero, ¿ dónde vas? — Voy á los límites del mundo, allá donde se cesa de respirar, donde ha puesto Dios los mojones de la creación.

— ¡ Párate! en vano andarías: el infinito está delante de ti. » ¡ Oh, mi pensamiento, cierra tus alas de águila! y tú, imaginación audaz, aquí es donde es menester echar el ancla?

ADIÓS AL LECTOR.

Calla mi musa y siente subir el rubor á sus mejillas virginales; ella se adelanta hacia ti para oír tu sentencia, que recibirá con respeto, pero sin miedo. Desea obtener los sufragios del hombre virtuoso, que aprecia la verdad y no ya un vano brillo; el que tiene un corazón capaz de comprender las inspiraciones de una poesía elevada es solo digno de coronarla.

Bastante habrán vivido estos cantos, si su armonía puede alegrar un alma sensible, rodearla de amables ilusiones é inspirarle nobles pensamientos; ellos no aspiran á los siglos futuros; no resuenan más de una vez sin dejar un eco en el tiempo; el placer del mo-

mento los hace nacer, y las horas van á llevárselos en su círculo ligero.

Así, despiértase la primavera : en todos los campos que ella calienta, derrama una existencia joven y alegre ; el espino blanco entrega sus perfumes á los vientos ; el brillante concierto de las aves sube hasta el cielo ; todos los sentidos, todos los seres participan de la alegría común.....

Mas, apenas se aleja la primavera, caen en el suelo las flores marchitas. y ninguna queda de las que él había hecho nacer.

KLOPSTOCK

MI PATRIA.

Como un hijo que no ha visto transcurrir más que un corto número de primaveras, si quiere festejar á su padre, anciano de argentada cabellera, y rodeado de las buenas acciones de su vida, se prepara á expresarle cuanto le ama con lenguaje de fuego ;

Levántase precipitadamente en medio de la noche ; arde su alma : ¡ vuela con las alas de la mañana, llega á la presencia del anciano, y después ha perdido el habla !

Es lo que he experimentado... ¡ Iba á cantarte, oh patria mía ! y ya obedecía al rápido vuelo de la inspiración, ya de por sí sola había resonado mi lira, cuando la severa discreción me ha hecho señas con su brazo de bronce, y de repente han temblado mis dedos.

Pero ya no los detengo : es preciso que vuelva á tomar mi lira, que pruebe un vuelo más audaz, y que cese de acallar los pensamientos que consumen mi alma.

¡ Oh mi hermoso país, tu cabeza está coronada de una gloria de mil años ; andas con el paso de los inmortales, y te adelantas con orgullo al frente de más de una nación ! ¡ cuánto te quiero, mi país, mi hermoso país !